

el mundo reconoce que Realidad  
es una obra genial, magra, y que  
es Ud. el primer cerebro de España.

Con todo esto y siendo yo el pri-  
mero en reconocer el grandísimo ta-  
lento de Ud., no sé ocultarle, como buen  
amigo, que me sobra todo el resto quin-  
to de la obra. Usted me dirá que que-  
daria incompleta la figura de Orozco.  
Basta mejor; porque para los cortos  
de inteligencia que forman comuniqué  
la inmensa mayoría del público, al  
querer completar aquella figura es cuan-  
do la quita Ud. todos los caracteres de  
realidad humana y la convierte Ud.  
en abstracción filosófica que pocos  
entienden y a nadie interesa. El cora-  
zón y el interés del espectador han llegado  
a un más alto grado de tensión cuando  
el suicidio de Viera. Aquí debiera pues,

muchísimas gracias por el palco.

Barcelona 8 de julio de 1892.

D. Benito Pérez Galdós.

Muy querido amigo: al recibir  
esta madrugada del Teatro, te diri-  
gi' a Ud. un telegrama de felicitación  
que impugno en mi poder. Lleva-  
ba el Teatro un público selecto,  
que escuchó la obra con suma  
devoción, y el éxito fue tremen-  
do y completo como pudo Ud.  
esperar de una obra tan origi-  
nal y hermosa, enconventada  
a actores tan superiores como los

muestras. A Guiller le faltan voz  
y virilidad; la misma Guerrero  
está fuera de caja, sin encontrar  
no sé si en su alma o en su gar-  
ganta, los matices que debió de dar  
a la expresión de su papel; no  
hablamos de los amanuenses Ce-  
pillo y Navio, ni de la insigni-  
ficante cohorte de sus compañeros.  
Solo la Martínez pudo dar algún  
relieve a la Peri y Guiller y la  
Guerrero sacar algún partido de  
la maravillosa escena final del  
acto cuarto. Y pensar que todas  
la compañía se sabía el papel  
de memoria y ponía en la ejecución  
de la obra todos los sentidos, todo  
el arte que poseen, todo el entusias-

mo y carino posibles! Cuando  
esto considero, me alegro cada vez  
más de no sentirme inclinado  
a escribir para el teatro, porque  
con mis intemperancias y nervosi-  
dad yo no sé qué haría al ver  
que me destruyeran, o desangrasen  
cuando meo, una obra mía. ¡Cuanto  
veces le he dicho a Guimerá esto mi-  
no saliendo de la representación de  
su obra!

Pues bien; a pesar de su mala ejecu-  
ción, Realidad no solo agoró, dijo  
maravillado al público y sobre todo  
a su parte más ilustrada. Tanto,  
que, después, en el café, al volver  
yo de telegrafos, se disgustaron  
García, Pellicer y otros muchos  
porque no había añadido al pie  
del telegrama sus nombres! Todo  
el emisario que para ello destacaron no pudo encontrarlos.

terminar la obra. Lo esencialmen-  
te interesante de ella, bajo el  
punto de vista dramático, es la  
exclavitud en que yimen Frederi-  
co y Augustita. Poco ó nada le im-  
porta al público saber qué decidi-  
rá luego el mundo. Mejor le sabría  
quedar en la incertidumbre de si ha  
llegado á averiguar la infidelidad  
ó de qué <sup>si</sup> habiéndola descubierta,  
habrá tomado alguno de los partidos  
que en este caso suelen tomar los  
mortales. Respiérome al espectador del teatro, no al  
lector de la novela.

No se si digo alguna barbari-  
dad y aun es posible que la  
haya dicho; pero tal es mi opinión  
sincera y leal que no he de ven-  
tar, ni atenuar, ni quitar, al au-  
tor del alma. En todo caso, agraa-  
decera á Vd. mi franqueza y sabrá per-

donarme la necesidad, si meo le  
parece á Vd. mi juicio.

Pero dejemos ya la vieja costumbre  
de buscar pelos al huevo y permí-  
tame que me descubra una vez más  
ante el gran psicólogo español  
y abraze muy cordialmente al  
Amigo y vencedor. La obra, en Bar-  
celona, no solo ha vencido, ha sido  
admirada y el nombre de Vd. se ha  
pronunciado una vez más con la vene-  
ración que el genio inspira.

Supongo que Ortiz le habrá ~~de~~ Vd.  
mandado el nº de La Vanguardia con-  
por completo dedicado al sucesor. No  
he visto lo que dirá esta tarde ó ta-  
vez mañana el texto de nuestra pre-  
sa. Ni aun nuestro Cuñete, creo ya  
que se atreva á negar las grandísimas  
cualidades que supo el público ver en  
la obra. Siempre muy  
N. Ollez